

## JUAN DE GRANADA VIZCAÍNO Y JUAN DE LA COSA

### **Nota al margen de François Fournier**

Juan de Granada era un pirata del que hablan las fuentes, medio cristiano y medio moro, que ejercía su profesión entre los mares del Estrecho, Guinea y, en ocasiones, se encaminaba por la ruta prohibida sin licencia alguna, es decir, por el mar de los Caribe. Su sagacidad fue tal que, para derrotarlo hubo de encargarse la corona su arresto a Juan de la Cosa, quien lo conocía bien por ser ambos de Santoña. Justo antes de su último viaje, aquél en que el Cartógrafo dejaría sus huesos en la selva de Turbaco, en Tierra Firme, recibió el encargo de ponerse al frente de tres carabelas de gran maniobrabilidad para patrullar en el Estrecho, capturar al pirata y desarmarlo, labor que desarrolló nuestro Cartógrafo con la máxima solvencia y eficacia. No debió de ser fácil para este ahorcar a su compatriota, sobre todo porque su verdadero nombre era el de Francisco Juan de Maeda y la Verde, el último vástago de una familia enfrentada desde hacía casi un siglo con la de Juan de la Cosa. Ambos fueron educados por un santo varón, el abad Arcadio, que había logrado instaurar la paz entre las

dos familias. Francisco de la Verde y Juan de la Cosa eran los últimos retoños de aquellas dos sagas enfrentadas, y ya el día de la boda de este, como se recordará por otros escritos traducidos, los dos jóvenes habían jurado paz eterna entre ellos. Parece, sin embargo que, pasados los años, el destino les jugó a ambos una mala pasada.



Mi amigo Francisco Juan de Maeda y La Verde había dejado Santoña con el rostro ensangrentado. Su padre llegó a arrancarle una oreja por no haber querido matarme. Éramos los dos últimos descendientes de las estirpes enfrentadas durante más de cien años: La Cosa y La Verde. No estábamos, sin embargo, dispuestos a seguir los pasos de nuestros antepasados; nos habíamos comprometido a que tan irracional disputa muriera con nosotros. ¿Qué podría habernos llevado, jóvenes como éramos, a tomar aquella heroica decisión? Todos en Santoña lo sabían: la enseñanza de aquel sabio varón que fue maestro de niños y de jóvenes, de hombres y mujeres, de nobles y de siervos en nuestro pueblo, el buen abad Arcadio.

El mismo día de mi boda con Juana Corral, se presentó Francisco Juan en la campa donde celebrábamos la generosa comida de esponsales. Iba acompañado de tres amigos, su mesnada fiel. Venían para despedirse, el rostro del de Maeda ensangrentado por la agresión del padre. Llevaba el alma fuera de su cuerpo, pisoteada por las pezuñas del caballo. «Lo mejor es que tome el camino con mi gente, Juan —me dijo—. Es la única salida». De nada sirvieron mis protestas y las de mi esposa para disuadirlo.

Se dirigió a Bilbao con sus tres compañeros, y embarcó en un barco veneciano con destino, según aseguraba el capitán, a Constantinopla. A los muchachos, aquella legendaria ciudad, la más alejada de la cristiandad, les pareció el lugar ideal para rehacer sus vidas; eran jóvenes, disponían de buena experiencia como marinos y de una notable habilidad en el manejo de todo tipo de armas. Pero el destino tenía otras previsiones para ellos, pues los venecianos pretendían venderlos como esclavos nada más pisar tierra africana.

La suerte, que nunca los abandonó, quiso que fuesen avisados de lo que se estaba tramando contra ellos por un marino gallego de buen oído y conocimiento del romance italiano, que había escuchado ciertas conversaciones. Estaban ya a la altura de Ksar-el-Kebir, cuando los cinco hombres, convertidos en sombras, se deslizaron por la cubierta, mataron a los vigías y arriaron un bote que iba a la pendura de popa. En nuestras naves la huida habría resultado más compleja, pues todos dormimos en cubierta, llueva o haga sol; pero en las naves mediterráneas, los marinos lo hacen en el sollado, junto con los remeros. Cuando despertaron los olfatos de aquellos comerciantes, la mercancía ya estaba a varias brazas de la galera, y los hijos de la orgullosa república hubieron de enfrentarse al fuego provocado por los santoñeses antes de dejar el barco. La galera traidora se hundió sin remedio.

Ya en la arenosa costa, Juan de Granada y los suyos se apostaron tras unas dunas para esperar la arribada de sus desafortunados captores. Solo nueve alcanzaron la playa, entre ellos el jefe de la expedición y su lugarteniente. Los santoñeses degollaron a ambos y perdonaron la vida al resto de los tripulantes, a condición de que se unieran a ellos y pusieran las bolsas de oro salvadas del naufragio en la caja común de la nueva banda. Recuperaron también cuantas

riquezas del barco hundido quisieron llegar a la playa, entre ellas varios arcones repletos de lujosas prendas de vestir — que poco tiempo tardaron en secarse bajo el sol inclemente de África—, destinadas a los mercados de Berbería. Ese sería su primer capital como aventureros.

Una vez repuestos —gracias a las atenciones recibidas en un poblado de pescadores, a quienes compraron camellos, ropas, armas y mujeres—, se dirigieron a la ciudad de Fez, en el interior, cerca ya de la cordillera del Atlas. Allí pensaban sacarle buen partido a sus mercancías y también a su fuerza mercenaria. Eran catorce fornidos jóvenes, unidos por un común deseo de sobrevivir, escasos escrúpulos y los brazos prestos a desenvainar las espadas.

En Fez entraron al servicio del sultán, Muley Ahmet Ibn Merini, monarca acomodaticio que no tuvo reparo en traicionar más adelante a su propio pariente Boabdil, y cuyas fidelidades oscilaban hacia los castellanos hoy, hacia los portugueses mañana. Su gobierno se basaba en el negocio de la rapiña; sus hombres eran expertos en ataques a caravanas y en realizar razias entre los pueblos vecinos. Era el patrón ideal para los catorce aventureros.

El reyezuelo no se había mezclado aún en el negocio de la piratería. ¿Para qué con una tierra tan fértil en frutos de rapiña? Sin embargo, la llegada de aquel grupo de aventureros que se habían atrevido a alcanzar el corazón de sus dominios, marinos expertos a lo que se podía observar, le hizo cambiar de opinión; ¿por qué no ampliar el negocio con succulentas capturas marítimas? Poco podía perder.

Pronto comprobó Muley que su decisión había sido acertada. Pocos años después, el santoñés se había convertido en la mano derecha del avaricioso rey, y a su servicio logró riqueza y renombre. Sin embargo, fue traicionado por los

desmesurados apetitos carnales que, como algas, parecían haberse pegado a las cinturas de sus hombres desde que salieran sanos y salvos de la mar... ¿Una maldición de Neptuno? Para ellos no resultaban suficientes los placenteros cuerpos de las esclavas proporcionadas por su amo, sino que se aventuraron por callejuelas prohibidas y llegaron a penetrar en las casas de altos cargos de la corte con la inocente pretensión de conversar con las mujeres de los serrallos; el mismo Juan de Granada alardeaba de ser un campeón entre los gallos picadores. «Por eso perdí el ojo, como te dije», me aclaró cuando nos encontramos, pasados muchos años, en aquel tugurio sevillano de La Carcelera. Me explicó que el fecí, debido a las quejas contra los cristianos, los vendió al pirata otomano Baba, el dueño del Mediterráneo. Mataba así dos pájaros de un tiro, pues, al tiempo que se quitaba de encima a tan temibles guerreros —que empezaban a resultar incómodos—, estrechaba los lazos mercantiles con el gran señor de los piratas, al que muchos conocían como Barba Roja. Para este, la adquisición de aquel lote de marinos fue una bendición de Alá, y también para estos, todo hay que decirlo, pues les resultó más rentable servir a un gran señor que a un ratero de poca monta, pues no mucho más era Muley en comparación con el rey de Argel.

No le resultó difícil a mi amigo hacerse con la confianza del nuevo señor, y pronto se volvió a ver en la mar con su banda. Con el tiempo obtuvieron la libertad, y se asociaron con el amo. Pasados los años, Baba premió los servicios del santoñés con una hermosa mansión en Orán, donde pasó a vivir con sus cuatro esposas, dos moras y dos cristianas. Allí, entre intermitentes viajes de negocios, disfrutó mi amigo cuanto pudo con la riqueza acumulada, el fruto de sus desvelos y rapiñas.

Pasados los años, cuando nos volvimos a encontrar por los caminos de la mar, nuestra situación había cambiado. Yo era el jefe de la Armada que lo capturó cerca del cabo San Vicente. El rey Fernando me había confiado la misión de acabar con aquel peligroso pirata santoñés que se cebaba, con creciente peligro, sobre las flotas de Indias que ya empezaban a llegar anualmente a Castilla. Solo un hombre del norte podría acabar con la fiera sanguinaria, según decían los informes oficiales. ¿Quién estaba, en realidad, libre de culpa? ¿Acaso yo mismo no había participado en las expediciones de Ojeda, el pirata de confianza de la corona, más ladrón que Caco?

Juan de Granada sabía que moriría colgado de una verga, e incluso intuyó durante aquella conversación en Sevilla que yo mismo podía ser el ejecutor... «¡Quién sabe!, quizá sea la mano de algún amigo la que acabe conmigo...». Lo dijo de pasada, como una posibilidad natural y lógica, sin darle mayor importancia, pero mirándome a los ojos con cierta fiereza brillante, profética. Aquellas palabras quedaron colgadas en algún almacén profundo de mi recuerdo, y su mirada última, balanceado el cuerpo por el viento, se unió a aquella otra, taladradora, en el tugurio sevillano. Ahora las dos se han fundido en mi memoria culpable; ¿culpable de qué?, ¿de servir a mi reina?, ¿de haber matado a mi amigo como durante años hicieran mis antepasados con los suyos?

No me guardó rencor, según me dijo con el lazo ya al cuello. Antes de ejecutarlo, ordené, ante el pasmo de mis subalternos, que soltaran al preso y que nos acercaran sendas palangana de agua dulce. Nos colocamos ambos en oración, reclinados con el rostro hacia el norte, hacia Santoña, y lavamos a la par nuestros rostros —de este verídico hecho creo haber dejado

constancia en algún otro lugar—. Eliminamos así la sangre acumulada durante generaciones, el rastro de la venganza que atormentó a nuestras familias. Castilla se libró del pirata y Santoña recuperó para siempre la paz con aquel gesto.